

E. L. DOCTOROW

# CÓMO TODO ACABÓ Y VOLVIÓ A EMPEZAR

Traducción de Antoni Pigrau

Título original: *Welcome to Hard Times*

© E.L. Doctorow, 1960

Primera edición: febrero de 2013

© de la traducción: Antoni Pigrau

El editor reconoce los derechos de autor que pudieran corresponderle al propietario de la traducción de la obra.

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.

08003 Barcelona

[info@rocaeditorial.com](mailto:info@rocaeditorial.com)

[www.rocaeditorial.com](http://www.rocaeditorial.com)

Impreso por Egedsa  
Rois de Corella 12-16, nave 1  
Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-938644-7-7

Depósito legal: B-33.731-2012

Código IBIC: FF; FH

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.



LIBRO  
PRIMERO

El Hombre de Bodie se echó gaznate abajo media botella del mejor whisky que tenían en el Sol de Plata; así se limpió de polvo la garganta y se sintió más dispuesto a sonreír cuando Florence, la pelirroja del lugar, avanzó hacia él por la barra. Sí, se volvió y sonrió a la chica. Estoy seguro de que Florence jamás había visto un hombre tan alto y corpulento. Antes de que ella pudiera decir la primera palabra, el recién llegado alargó el brazo, metió la mano en el cuello de su vestido y se lo rasgó hasta la cintura, con lo que surgieron de un brinco sus pechos, desnudos bajo la luz amarillenta. Todos echamos hacia atrás nuestras sillas y nos levantamos a un tiempo: ninguno de nosotros había tratado ni mirado nunca de aquella manera a Florence, a pesar de que ella era lo que era. El *saloon* estaba lleno porque habíamos estado observando largo rato al tipo antes de que llegara al pueblo y entrara allí.

El pueblo pertenecía al territorio de Dakota, y en tres de sus lados —este, sur y oeste— solo había millas y millas de llanuras. Por eso pudimos verlo llegar. Lo que más solía verse en aquellas extensiones era el movimiento del polvo en el horizonte de levante a poniente: caravanas de carretas que mellaban los confines de las llanuras con sus ruedas y dejaban detrás de ellas una larga nube de polvo, como una masa de excrementos sobre el borde de

la tierra. Cuando un hombre cabalgaba hacia nosotros, levantaba en el aire un abanico que se ensanchaba cada vez más. Hacia el norte se alzaban colinas rocosas, y los filones que en ellas había eran un pretexto para la existencia del pueblo, aunque no un pretexto muy bueno. En realidad, no había otra excusa para que el pueblo estuviera en aquel lugar más que la natural necesidad de la gente de vivir acompañada.

Así pues, cuando él entró en el Sol de Plata, varios de nosotros estábamos allí esperando para ver de quién se trataba. Era una insensatez porque, en esta tierra, es orgullo de todo hombre el no prestar atención a nada; por tal motivo, cuando el tipo le hizo aquello a la chica y se volvió para sonreírnos entre dientes, miramos hacia otro lado, tosimos o nos sentamos. Flo, entretanto, no podía creer lo que había sucedido; se había quedado boquiabierta y con los ojos de par en par. Entonces él le cogió la mano con que se apoyaba en la barra, le agarró de pronto la muñeca y le retorció el brazo hasta el punto de que se volvió y se dobló a causa del dolor. Después, como si la chica fuera un osito domesticado, la obligó a andar delante de él en dirección a la escalera y, por ella, hacia una habitación del segundo piso. Cuando esta se hubo cerrado de un portazo, nos quedamos mirando hacia arriba, para oír finalmente los gritos de Florence, y nos preguntamos qué clase de hombre sería aquel para hacerla gritar de tal modo.

Cuando Jimmy Fee, el único niño del pueblo, vio a Flo subir la escalera tropezando con su propio vestido, se escabulló por debajo de las puertas de vaivén, corrió porche abajo, dejó atrás el caballo de aquel hombre y cruzó la calle. Fee, su padre, era carpintero; había construido las casas de ambos lados de la calle casi sin ayuda. En aquel momento estaba subido a una escalera arreglando el alero del establo del pueblo.

—¡Padre —le gritó Jimmy—, ese hombre ha cogido a tu Flo! Más tarde, Jack Millay, el cojo que solo tenía un brazo, me

dijo que había seguido al muchacho hasta el otro lado de la calle para dar a su padre algunos detalles más, pues el pequeño Jimmy podía no haberle aclarado que se trataba de aquel Hombre Malo de Bodie. Fee bajó de la escalera de mano, se dirigió a la parte trasera de su casa, situada algo más abajo en la misma calle, y salió con una estaca de madera. Era un tipo bajo, calvo, de grueso cuello y robustos hombros, y, además, uno de los pocos hombres que yo haya conocido que supiera qué es eso de la vida. De pie junto a la ventana del Sol de Plata, vi llegar a Fee con su carga, por lo que salí enseguida a través de las puertas batientes. Y lo mismo hicieron cuantos se encontraban allí, aun cuando los gritos no se habían detenido. Cuando Fee entró con su estaca dispuesto a todo, el local ya estaba vacío.

Permanecimos esparcidos por la calle esperando que sucediese algo. Avery, el dueño y camarero del *saloon*, se había traído una botella y, echando la cabeza hacia atrás, bebió un trago de pie en medio de la inmunda calle, con su delantal puesto y una mano en la cadera. Era la primera vez que veía a Avery bajo la luz del sol. Eran las cuatro de la tarde, por lo que el sol se hallaba ya sobre las llanuras de poniente. Ahora no llegaba ningún sonido del interior del *saloon*. El único caballo atado delante del establecimiento era el del forastero: un enorme y feo ruano que, por su aspecto, no parecía esperar que nadie le diera de beber o le dedicara una caricia. Detrás de él, en el suelo, había un montón de estiércol reciente.

Seguimos esperando, hasta que oímos un ruido procedente del interior —un topetazo—, y eso fue todo. Poco después, Fee salió del Sol de Plata con su estaca y se detuvo en el porche. Luego avanzó y dio un traspie al bajar los escalones. El caballo del Hombre Malo saltó con ligereza hacia un lado, y Fee, perdido totalmente el equilibrio, aterrizó de rodillas sobre el estiércol. Se levantó con los pantalones llenos de boñiga y siguió adelante, tam-

baleándose, hacia Ezra Maple, el representante de la Express en el pueblo, quien dijo:

—Ese hombre no ve.

Ezra se apartó y Fee pasó por su lado haciendo esos. Tenía la parte posterior de la calva quebrada y cubierta de sangre; mantenía las manos sobre las orejas, como si se las aguantara. El pequeño Jimmy se había quedado a mi lado, mirando cómo su padre caminaba calle arriba. El chico corrió un trecho hacia él, luego se detuvo, y después volvió a arrancar en la misma dirección. Cuando alcanzó a Fee, se cogió a su cinturón y cruzaron juntos la puerta de su casa.

Nadie volvió al *saloon*; todos recordamos las tareas que nos esperaban. Al llegar a la puerta de mi despacho, miré hacia atrás: el único que aún permanecía en la calle era Avery, con su delantal. Sabía que sería el primero que vendría a verme, y así fue.

—Blue, ese caballero sigue en mi casa; tienes que sacarlo de allí.

—He visto que te pagaba, Avery.

—Tengo género detrás de la barra, tengo cristales en mis ventanas, tengo mi grano y mi destilador en la parte trasera. ¿Quién sabe qué es capaz de hacer?

—Tal vez se marche pronto.

—¡Le ha roto la cabeza a Fee!

—Una pelea es una pelea; yo no puedo hacer nada.

—¡Maldita sea!

—Además, Avery, yo ya tengo cuarenta y nueve años.

—¡Maldita sea!

Saqué la pistola que tenía en el cajón de mi mesa y la empujé hacia el gordo Avery, pero no la cogió. En vez de eso, se sentó en mi catre, y esperamos juntos. Cuando ya comenzaba a oscurecer, Jimmy Fee entró y me dijo que su padre sangraba por la boca. Salí y me topé con John Bear,<sup>1</sup> el indio pawnee sordomudo que nos

hacía de médico; fuimos juntos a casa de Fee, pero este ya había muerto. El indio se encogió de hombros y salió de la casa, y yo me quedé toda la noche para consolar al muchacho.

Hacia medianoche, cuando comencé a sentir demasiado frío, salí para ir a buscar una manta a mi oficina. Avancé a hurtadillas hacia el otro lado de la calle, corriendo en los trechos iluminados por la luna, y aproveché la ocasión para echar un furtivo vistazo a través de la ventana del Sol de Plata. Las luces aún estaban encendidas. Detrás de la barra, Florence, con su roja cabellera cayendo sobre los hombros, lloraba mientras se servía un bebestirajo. Golpeé el cristal de la ventana con los dedos, pero ella sabía que Fee había muerto, y no se movió ni hizo el menor gesto que indicara que tuviera intención de salir. Corrí hacia la parte trasera de la casa. Arriba todo estaba a oscuras, pero pude oír los ronquidos del Hombre de Bodie.

Cuando vine al Oeste con la carreta, era un hombre joven lleno de esperanzas, esperanzas de algo, de no sé qué. Pinté mi nombre con alquitrán en una roca, a un lado del camino de Missouri. Pero, con el tiempo, el ambiente fue borrando mis esperanzas, como hizo con mi nombre escrito en la roca, y aprendí que bastante suerte tenía con permanecer vivo. Los Hombres de Bodie no eran unos truhanes vulgares; los daba la tierra, por lo que no había modo de luchar contra ellos, como no había forma de luchar contra el polvo o el granizo.

A la salida del sol, encontré doce dólares en el escritorio de Fee. Se los di a Hausenfield, el alemán. Hausenfield tenía una bañera, la trajo dentro de su carreta desde Saint Louis. A primeros de cada mes, la llenaba con agua de su pozo detrás de su casa, y allí mismo se metía en ella para lavarse. También era dueño del establo.

Tan pronto como hubo recibido el dinero, se dirigió a su establo, empujó su carromato por la lanza y le enganchó su mula y su caballo gris. El carromato era una vieja diligencia con las ventanas entabladas y los asientos arrancados. Era negro: la única cosa pintada en todo el pueblo. Lo condujo hasta la puerta de Fee:

—Ponedlo ahí dentro, si os parece bien.

Jack Millay, el de un solo brazo, que se encontraba por allí, me ayudó a coger a Fee y a ponerlo en el carromato.

—¿No tienes ningún ataúd, Hausenfield?

—Fee nunca me hizo ninguno. Decía que, cuando pudiera, me haría diez, pero nunca me hizo ni uno.

Cerré la puerta sobre Fee y el carromato crujió calle abajo para adentrarse en la llanura. Era temprano y hacía frío, pero casi todos estábamos allí para verlo partir. El retumbar de un zapapico en el techo de la diligencia y el rechinar de una de sus ruedas fueron toda la música del funeral de Fee. El caballo gris de Hausenfield tiraba con más fuerza que la mula, por lo que el carromato giró lentamente hacia el este describiendo un arco. Ya en la llanura, a cosa de una milla de distancia, se detuvo. Detrás del carromato, del sudoeste, venían nubes de lluvia bajo el cielo. Yo no sabía dónde estaba Florence, pero vi que Jimmy había comenzado a salir; andaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—¡Mira allí, Blue!

Al otro lado de la calle, frente al *saloon*, el ruano del Hombre Malo temblaba visiblemente en el mismo sitio en que había sido atado el día anterior.

—El caballo de ese hombre ha cogido frío —dijo Jack Millay—. Ni se molestó en echarle una mirada.

Mientras Jack hablaba, el caballo cayó de rodillas. Solo nos faltaba aquello... Yo quería que el hombre se marchara sin más complicaciones, sin encontrar impedimentos. Entré en mi despacho para pensar y, pocos minutos después, algún chalado que no

podía ver sufrir a los animales pero al que le importaba un pepino la suerte de sus semejantes, situado fuera del alcance de lo que pudiera venirle del Sol de Plata, probablemente detrás de algún porche, disparó su carabina contra el ruano.

Cuando me lancé fuera, el ruano se estremecía en el suelo, de costado, y la calle estaba vacía.

—¿Quién demonios ha hecho esto? —grité.

No había transcurrido ni un minuto cuando el Hombre Malo de Bodie salió del *saloon* abrochándose el cinturón de su pistola. Me quedé quieto, sin mover un solo músculo. Bajó la mirada hacia el caballo, se le acercó, le pasó la mano por la cabeza. Aproveché ese momento para volver lentamente sobre mis pasos, cruzar de nuevo la entrada de mi despacho y cerrar la puerta. En la pared trasera, detrás de mi catre, había otra puerta. Salí por ella.

Encontré a Avery, cerca del cobertizo de mi casa, hablando con Molly Riordan, su otra chica. Molly había salido precipitadamente del Sol de Plata cuando el hombre cogió a Flo, como todos los demás. Durante la noche, se había refugiado en casa del mayor Munn, el viejo veterano que se empeñaba en llamarla su hija; ahora, había sido devuelta a Avery, y estaban discutiendo.

—Eres un hijo de puta, Avery —le soltó ella.

Molly nunca había sido de mi agrado, con su palidez y sus marcas de viruelas, con sus labios delgados y su mentón puntiagudo, pero me gustaba su modo de enfrentarse a Avery:

—Blue, este hijo de puta quiere que yo vaya ahí, al otro lado, para que ese mal nacido me raje de arriba abajo.

—¡No grites tanto, Molly, por el amor de Dios! —dijo Avery.

—¿Qué te parece este culo gordo, este hijo de perra? ¡No te jode, el tío!

—Molly, es que tengo género detrás de la barra; tengo todo mi dinero debajo del mostrador. Te digo que todo lo que poseo está allí.

Para dar más fuerza a sus palabras, Avery le pegó un bofetón. Cuando ella se llevó la mano a la mejilla y se puso a llorar, él sacó un estilete de debajo del delantal, alargó el brazo para entregárselo y no lo bajó hasta que ella tomó el pequeño puñal.

—Así que tú te metes allí y, cuando él te agarre y te abrace, sacas el pincho de la manga y se lo clavas en el cuello. No puedo tener a ese caballero en mi casa, lo quiero fuera de ella.

Justo en aquel momento, llegó de la calle un grito seguido de un alarido. Miré callejón abajo a tiempo de ver al Hombre Malo cabriolando de lado sobre un gran caballo bayo. Era el mejor caballo de Hausenfield.

—Ahora ya no está en tu casa, Avery —dije.

El Hombre Malo celebraba el nuevo día cabalgando a pelo arriba y abajo, de un extremo a otro de la calle. Jack Millay vino a mi encuentro en el callejón:

—Hausenfield se dejó abierta la puerta del establo.

—Lo siento por Hausenfield.

—Echó un vistazo por ahí y enseguida cogió el bayo, como si fuera suyo.

Lo observamos desde la penumbra: azuzaba de cualquier manera al caballo, con las puntas de las botas, gritando y ululando. Cuando el animal se acostumbró a su jinete, el hombre lo espoleó y le hizo subir los escalones de la entrada del Sol de Plata; entonces, lo lanzó a lo largo del porche, encogiéndose para no darse contra las vigas. El caballo derribó de una coz el saco de judías secas que había a la puerta de la tienda de Ezra Maple, y saltó de nuevo hacia el centro de la calle, y el Hombre Malo renovó sus risotadas y sus gritos. Yo tenía la esperanza de que acabaría por detenerse, ensillar el caballo e irse en él hacia la mina. Las nubes avanzaban desde el sur y, si llovía,

no habría modo de hacer subir un caballo por aquellas rocas mojadadas, por más que lo espolearan y fuera el caballo que fuese. Y se detuvo, sí, pero fue al extremo norte de la calle, donde John Bear tenía su choza.

John Bear solía cocinar fuera de su casucha en un fuego encendido entre unas piedras. Junto a la choza, había cultivado un pequeño terreno para que le diera algunos tubérculos y cebollas. John estaba agachado ante el fuego, cociéndose la comida, cuando el hombre entró a pie en su huerto pisando todas las plantas. John era sordo y mudo, pero lo que vio le bastó. El hombre arrancó media docena de plantas antes de que encontrara una cebolla de su gusto. Le quitó la parte verde retorciéndola, se la frotó en la manga, la peló y la mordió.

—Desayuno —le dije a Jack Millay.

El hombre ignoraba a John Bear, como si no estuviese allí. Fue hacia el fuego del indio, levantó la sartén y, con ella en la mano, caminó unos pasos hasta sentarse con la espalda apoyada en la choza. El indio no se movió; se quedó con la mirada fija en el fuego.

Avery y Molly Riordan, que estaban delante de mí, contemplaban la escena.

—Este es un buen momento para volver a tu casa, Avery.

—No lo sé, Blue.

—Solo tienes que cruzar la calle y entrar. ¿Por qué no lo haces?

—Él me vería.

—Mierda, Avery —dijo Jack.

—Ve sin correr —proseguí yo—, verás como así no te pasa nada. Y tú, Molly, métete en alguna parte. Creo que es mejor que no te dejes ver.

Avery cruzó la calle con las piernas rígidas, haciendo lo posible por no correr. Vi que el Hombre Malo alzaba un momento

los ojos hacia él mientras comía. Cuando Avery estuvo en el interior del Sol de Plata cerró las puertas, las que cerraban por completo, más hacia dentro que las de vaivén, y corrió las cortinas de todas las ventanas.

—¿Y qué hará ese hombre cuando se encuentre con que Avery ha atrancado la puerta? —preguntó Jack.

Con un profundo suspiro, avancé hacia el lugar donde daba el sol. Atravesé la calle, desvié mis pasos para rodear el ruano muerto del hombre y, al llegar al porche, tosi y entré en la tienda de Maple.

Ezra estaba junto a la ventana, mirando el saco de judías secas derramado.

—¿Aún está ahí?

—Sí.

—Necesito tabaco, Ezra.

—Despáchate tú mismo.

Fui detrás del mostrador:

—Ezra, quería preguntarte cuándo vendrá la diligencia.

—Dentro de una semana. O tal vez dos.

—Veamos, ¿qué día es hoy? Vino un buen gentío de las minas la noche del sábado, ¿verdad?

—Sí, eso sí...

—Bueno, ¿qué día es hoy?

—Jueves.

Me acerqué a la ventana y contemplé con Ezra las judías desparramadas por su porche: podrían haber sido bandadas de pájaros volando a gran altura hacia el sur.

—Mala tierra, Blue.

—Además del tabaco, he cogido algunos cartuchos.

Poco después, vimos entrar en el pueblo el carronato fúnebre conducido rudamente por Hausenfield, quien, aun cuando no necesitaba hostigar a su caballo gris, tenía que zurriagar a la

mula. Se detuvo frente a la tienda y entró en ella tropezando y maldiciendo.

—¿Estás aquí, Blue? ¡Tienes que hacer algo!

—¿Qué quieres que haga, Hausenfield?

—Ese caballo que tiene es mío.

—Ya lo he visto.

—¿No eres el alcalde?

—Solo el alcalde de los que me votaron.

Ezra sonrió al oírme decir esto: yo no había sido elegido alcalde, había asumido la tarea de llevar un registro por si se daba el caso de que el pueblo creciera lo suficiente para tener que ser inscrito, o por si llegaba a reconocerse su existencia dentro de un estado. Yo llevaba los libros, y ellos me llamaban alcalde.

Hausenfield miró a Ezra y le devolvió la sonrisa:

—Muy bien —dijo—. Para algo tengo mi arma.

Salió rápida y coléricamente, y sacó su escopeta del carro-mato. Jamás he sabido si Hausenfield tenía intención de disparar al Hombre Malo o no. Es probable que ni él mismo lo supiera. Su caballo se paseaba por el huerto de John Bear mordisqueando las puntas de las plantas. Hacia allí se dirigió Hausenfield y, cogiendo a su caballo por las crines, comenzó a conducirlo hacia el establo. Después de andar unos pasos, se volvió, como si se hubiera olvidado de algo, y disparó dos veces contra el Hombre Malo, que permanecía sentado observándolo: una bala fue a parar al suelo, frente al hombre, la otra se incrustó en la madera, encima de él. Entonces, el caballo se encabritó y se escapó. Hausenfield cayó en el polvo, y creo que volvió a disparar desde el suelo; lo que sí recuerdo con certeza es que lo vi arrastrarse e intentar levantarse al mismo tiempo, meneando la escopeta hacia el caballo y gritando en alemán. Esto lo puso de espaldas al forastero, que se había levantando y corría medio agachado y en zigzag.

Tras haber disparado varias veces contra las piernas de Hau-

senfield, el hombre, más rápido que un gato, se puso a horcajadas sobre él y, ya enfundada la pistola, le golpeó repetidamente la cara con el culo de la sartén.

—No ha soltado ni un momento esa sartén —susurró Ezra.

Hausenfield había empezado a gritar cuando fue alcanzado por las balas, pero el hombre no dejó de golpearle la cara hasta que solo pudo gemir. No tardó en tirar la sartén y mirar a su alrededor: el caballo bayo había galopado hacia sus compañeros de establo, enganchados todavía al negro carromato, lo que debió darle la idea que enseguida puso en práctica. Con una risotada, arrastró a Hausenfield cogido por el cuello de sus ropas, lo alzó de un tirón y lo echó dentro de la carreta. Esto sucedió justo delante de la ventana de Ezra, por lo que tuvimos que retroceder hacia la penumbra. El hombre cerró la puerta del carromato, descubrió el zapapico, todavía sucio de tierra de la sepultura de Fee, y lo usó como cerrojo exterior. Dentro del fúnebre vehículo, Hausenfield, herméticamente encerrado, volvía a gritar, golpeando el suelo de tablas de madera. El hombre saltó al asiento delantero, hizo dar la vuelta al caballo gris y a la mula, y se puso a fustigarlos con las riendas calle abajo. Gritando bestialmente, los condujo de modo que corrieran junto a los porches de las casas del otro lado. Al llegar al último de ellos, al final de la calle, se enganchó al último pilar de madera rodeándolo con el brazo, y así, con facilidad, pudo quedar de pie sobre la barandilla mientras el carromato seguía lanzado hacia la llanura. Para asegurarse de que la pareja del tiro mantendría la misma marcha disparó varias veces detrás de los animales, con lo que incluso la mula siguió corriendo velozmente con las orejas hacia atrás.

El hombre reía solo y se golpeaba las palmas de las manos mientras caminaba en dirección al caballo bayo, que se hallaba frente a la tienda de Ezra. No andaba muchos pasos sin volverse para mirar repetidamente el carromato, que se alejaba con gran

estruendo y, cada vez que lo hacía, reía con más estrépito. Condujo el caballo bayo al Sol de Plata y le puso la silla de su ruano muerto. Luego ató su nuevo caballo a la barandilla del porche, se secó la frente con un pañuelo rojo y subió los escalones que conducían a las puertas del *saloon*, pero las encontró cerradas. Las abrió a patadas, y, desde el lugar en que me encontraba, pude oír la voz de Avery, que decía temerosamente:

—¡Entre, entre!

Poco después de que el hombre entrara en el Sol de Plata, todos comenzaron a salir por sus respectivas puertas, y se quedaron de uno en uno y de dos en dos en los porches o en la calle, mirando aquel carromato que cada vez se hacía más pequeño delante de su cono de polvo. Jack Millay me vio y vino hacia mí cojeando y balanceando su único brazo:

—¿Habías visto alguna vez una faena como esta, Blue?

Jack tenía la cara sonrosada de entusiasmo; el chico se divertía cuando y como podía. En los callejones, algunos vecinos conducían sus carricoches a sus puertas laterales y, en el extremo rocoso de la calle, John Bear tenía su primitivo vehículo, un *travois*, delante de su choza.

Observé al indio. Cuando Hausenfield recibió los disparos, Bear saltó con gran rapidez para ponerse a salvo, a pesar de que en aquel momento estaba de espaldas al ruido. Si era sordo, disponía de otro sentido para sustituir al del oído, si era mudo o tonto, no lo era tanto como parecía. Salió de su choza y amarró sus cosas en el *travois*, levantó sus dos varas y tiró de ellas. Cuando llegó donde había quedado su sartén, en medio de la calle, pasó sobre ella y siguió calle abajo hasta dejar atrás la última casa. Más tarde, lo vi de pie en la llanura, a media milla de distancia. Había soltado su *travois* y permanecía, inmóvil, de cara al pueblo.

Detrás de él, hacia el este, el pequeño Jimmy Fee, que aún no había regresado, estaba sentado junto a la tumba de su padre. Las nubes cubrían ahora medio cielo. El sol estaba oculto y soplabla una leve brisa.

Fui a mi despacho y me encontré en él a Molly Riordan buscando en el escritorio.

—¿Tienes un poco de whisky, Blue?

—Para whisky, al otro lado de la calle.

Justo en aquel momento, oímos gritar a Avery con cierta risa en su voz:

—¡Molly! ¡Mollyyyyy!

La chica se acurrucó de golpe detrás del escritorio y, a través de un agujero que había en el papel aceitado de mi ventana, vi que Avery, sosteniendo abiertas sus puertas de vaivén, voceaba con tono benevolente:

—Molly, ¿dónde estás? ¡Este caballero quiere verte!

Aun hallándome al otro lado de la calle, pude oír cómo se rompían las botellas en algún lugar detrás de él. Avery reía como si aquello le hiciera mucha gracia. Volvió a llamar a Molly y regresó al interior.

—¡Diantre! —exclamó Molly—. Pero ¿es que nadie va a hacer nada?

—¿Por qué no vas a donde te llaman?

—¿Qué? —repuso levantándose y mirándome llenar el tambor de mi revólver.

—Emplea el cuchillo que te dio Avery —le solté—. Haz lo que él te dijo; mantenlo sujeto en tu muñeca y, cuando llegue el momento oportuno, deslízalo hacia tu mano y haz uso de él. Pero no creo que tengas que hacerlo.

—¡Sí, claro! ¡Diantre, ese Hombre Malo es el único hombre que hay en el pueblo! No puedo creerlo... No eres mejor que Avery, ese hijo de puta... Aquí, valiéndose de una señora para es-

tas cosas... Haciéndose los valientes detrás de las faldas de una mujer... ¡Vaya modo de ayudarme, señor alcalde! ¡Vete al diablo!

Me metí el revólver en el cinturón y abrí la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Molly—. ¡Mira que llegar a esto! ¡Cómo pude haberme imaginado que terminaría en este poblado abandonado? Porque esto, diantre, es el fin. Blue, voy a decirte algo que tú no sabías: dejé Nueva York, hace diez años, porque estaba harta de ser una criada; no podía soportarlo, era demasiado orgullosa para decir: «Sí, señora». ¿No te remueve eso la conciencia?

—Hacemos lo que podemos, Molly.

Tenía la cara angustiada y las lágrimas bañaban sus mejillas cuando, al marcharse, se detuvo un instante a mi lado para decirme:

—Espero que ese tipo te atrape, señor alcalde; te juro que lo deseo; a ti y a todos los demás cabrones que se arrastran por este miserable pueblo.

La seguí, andando detrás de ella; así cruzamos la calle, mientras todos se apartaban a nuestro paso, hasta que llegamos al pie de los escalones de la entrada del Sol de Plata. La chica se volvió para mirarme una vez más.

—Así se hace, Molly —le dije.

Pero, al subir hacia las puertas del local, el estilete se le escurrió de la manga y cayó ruidosamente sobre el porche. Lo aparté con el pie antes de que el Hombre Malo pudiera verlo, empujé a Molly a través de las puertas y entré detrás de ella. Entonces vi lo que le había hecho soltar el cuchillo: Florence, doblada sobre la barandilla del piso de arriba, al final de la escalera interior, con los brazos colgando y su roja cabellera extendida entre ellos.

Avery tuvo que haber visto allí a la mujer muerta tan pronto como volvió para cerrar las puertas y echar las cortinas. Pero no parecía muy preocupado cuando entramos. Nos saludó riendo, con expresión jovial.

—¡Ah, aquí está Molly! ¡Hola, Blue! ¡Vamos, entrad y bebed un trago! ¡El caballero invita!

Detrás de la barra, el Hombre Malo de Bodie reía entre dientes mientras ponía dos vasos más sobre el mostrador. Avery fue hacia las puertas, las abrió y gritó de cara a la calle:

—¡Venid todos! ¡Bebida para todo el pueblo! ¡El caballero invita!

El Hombre Malo rio, pero afuera todos echaron a correr; podían verse, por debajo de las puertas, cómo corrían los pies sobre el inmundo suelo. El único al que Avery consiguió hacer entrar fue a Jack Millay, que nos había seguido hasta el porche y nos estaba observando por encima de las puertas de vaivén cuando Avery voceó la invitación. Avery empujó a Jack hacia dentro, y en aquel momento tuve la certeza de que el pueblo, a excepción de los que nos hallábamos en el *saloon*, había quedado vacío.

Era una celebración. Avery, Jack Millay y yo permanecíamos de pie frente a la barra mientras el hombre nos servía. Molly estaba sentada en una de las mesas con los ojos clavados en Flo, con los nudillos en la boca. El hombre salió de detrás del mostrador para servirle una bebida, que llevaba en una bandeja, haciendo una burlesca reverencia, como si fuera un elegante camarero del Este. Ella miró hacia otra parte y ni siquiera se movió cuando él cogió el borde de su falda entre dos dedos, la levantó y se la echó sobre las rodillas. Avery rio la gracia, lo mismo que Jack, y el hombre retrocedió unos pasos para contemplar un momento a la mujer con una risa ahogada. Volvió luego detrás de la barra y levantó su vaso hacia ella.

El Hombre Malo bebía el licor de Avery como si fuera agua, y cada vez que se lo escanciaba nos lo servía también a nosotros. Los otros dos seguían su ejemplo, pero yo echaba cada vez la bebida por encima del hombro. Finalmente, el hombre me vio hacerlo, y entonces rompió el cuello de una botella por destapar, me

llenó el vaso con lentitud y levantó el suyo hacia mí mirándome a los ojos. Vi que era más joven de lo que me había parecido. Su piel se veía muy roja debajo del pelo de la cara y, en una de sus mejillas, destacaba una gran cicatriz; en cuanto a sus ojos, parecían los de un caballo desbocado. Mi mano se movió instintivamente hacia mi revólver; eso podría haber creído yo mismo. Pero, en vez de eso, fue hacia el vaso de la barra; en aquel instante, me sentí con ganas de agradar al hombre; estaba casi contento de beber con él.

A partir de entonces, el hombre rompía el cuello de una botella para cada ronda. Una de las veces, mientras Avery se llevaba la bebida a la boca, alargó el brazo como movido por un resorte y golpeó con fuerza su vaso con la base de la mano. Avery, echado hacia atrás, hizo lo posible por recuperar el equilibrio mientras escupía dientes y sangre y, aun así, hacía lo posible por reír. Poco después, el hombre fijó su atención en el muñón de Jack Millay y, como pasmado y con los ojos abiertos de par en par, levantó una botella llena de whisky y la bajó, con un tremendo golpe, sobre lo que quedaba del brazo. Jack perdió el color y se deslizó hacia el suelo.

Supongo que entonces me habría tocado a mí, pero su mirada tropezó de nuevo con Molly, que seguía sentada en el mismo sitio en que la había dejado. Lanzó el alarido de los rebeldes y subió de un brinco sobre la barra.

—¡Blue! —gritó Molly.

La chica empezó a poner mesas y sillas entre ellos dos, mientras el Hombre Malo reía y echaba a un lado los muebles; Jack Millay estaba fuera, en el porche, y Avery, que se había desplomado al pie de la escalera, lloraba mientras intentaba limpiarse con la mano la sangre del delantal. El hombre cogió a Molly por la muñeca y, casi al mismo tiempo, disparé, exasperado, desde el otro extremo de la sala; él, agachado delante de ella, me devolvió los disparos. De no ser por los tirones y empujones que le daba

Molly, seguramente me habría matado; de todos modos, no pude evitar que el fuego de su revólver me fuera empujando hacia las puertas, hasta que, rodando, fui a parar al suelo del exterior. Entonces, oí acercarse su risa. Venía hacia donde me encontraba. Recogí mi sombrero y eché a correr, tropezando aquí y allá, calle abajo, manteniéndome encogido junto a los porches. Ahora, el hombre había llegado a las puertas y, desde allí, no paraba de dispararme; las balas daban contra el suelo, muy cerca de mis talones, silbaban a lo largo de los porches, a mi lado. Entonces fue cuando se me ocurrió que necesitaba salvar los registros que tenía en mi escritorio, que necesitaba ir a mi cuarto, al otro lado de la calle, y poner aquellos libros a buen recaudo. Pero parecía que el hombre hubiera adivinado mi pensamiento, pues sus balas rasgaban en aquel momento la tierra a mi derecha y me obligaban a seguir en línea recta. Y así fue como, cojeando por el dolor de mi caída, tropezando, con el corazón oprimiendo mis entrañas como una garra, sin detenerme ni un instante, llegué a la llanura, donde estaban todos los demás.

Allí nos quedamos todos, esparcidos por el llano, mirando hacia el pueblo —el pequeño Jimmy Fee, John Bear, Ezra y todos los demás—; algunos, bien pertrechados; otros, junto a un caballo o un carricoche con fardos; y otros, como yo, sin nada. El cielo estaba cubierto de espesas nubes, soplaba el viento y, aunque no era mucho más tarde del mediodía, había oscurecido notablemente. Nos quedamos mirando hacia el pueblo durante largo tiempo. De vez en cuando, oíamos un grito o algo que se rompía o se desplomaba: pequeños ruidos cuando llegaban a la llanura. Y después, tras un largo silencio, comenzaron a salir llamas del *saloon*. Frente a este, el caballo de Hausenfield tiraba de su atadura relinchando. Entonces, el Hombre Malo salió del Sol de Plata llevando una silla que era puro fuego. Ululó y la lanzó al otro lado de la calle, con lo que la silla aterrizó en el porche de mi

casa, frente a la puerta del despacho. Después, vio algo que le hizo cruzar la calle corriendo. Era la escalera de Fee, que todavía estaba apoyada en el establo, donde este la había dejado. La cogió y con ella fue atravesando todas las ventanas. Cuando el viento hubo avivado las llamas en el fuego prendido en ambos lados de la calle y no quedaba ya casi nada sin arder, utilizó la escalera para derribar los pilares de los porches, apartándose de un brinco y gritando cuando la ardiente madera caía en la calle.

Como el caballo bayo estaba enloquecido de terror, decidió desatarlo y montar en él, y el animal lo llevó hacia las rocas. No vimos al hombre durante un buen rato, pero por fin Ezra Maple señaló hacia las colinas: iba camino ya de la mina, iluminado momentáneamente por el fuego que había dejado allí abajo, detrás de él; avanzaba a través de la piedra sin mirar siquiera hacia atrás. Desapareció de nuevo, y ya no volvimos a verlo, a pesar de que esperamos lo suficiente para asegurarnos de que se había ido definitivamente. Por fin comenzó a llover, a cántaros, y permanecemos largo tiempo mirando cómo la lluvia caía en el fuego, y cómo el fuego lamía la lluvia.